

verso, ó, por mejor decir, con su sublime Hacedor, no habrán sido vanas nuestras tareas (1); puesto que contribuimos á ilustrar á nuestros semejantes en orden á nuestra naturaleza, aquella primera necesidad de los séres inteligentes y morales y de las almas nobles y grandes (2).

(1) Si buscásemos otra prueba manifiesta de la existencia de un Dios, ¿podría darse otra mas palpable que la existencia misma del hombre? ¿No supone la organizacion de este sér inteligente una Inteligencia soberana.

(2) Tales han sido los preceptos de la sabiduría entre todas las naciones:

Ἦνθι σεαυτον; *conócete á ti mismo*

Quem te Deus esse

Jussit et humana qua parte locatus es in re

Disce.

PERSIO, *sat. III. v. 70.*

The proper study of mankind is man.

POPE, *Essay on man.*

Que suis-je, ou suis-je, ou vais-je, et d'ou suis-je tiré?

VOLTARE.

DISCURSO PRELIMINAR

DE LAS CAUSAS QUE EN LA NATURALEZA DAN A NUESTRA ESPECIE
LA SUPERIORIDAD SOBRE TODAS LAS OTRAS.

Si consideramos al jénero humano tal como se halla sobre la faz de la tierra, no podemos menos de examinar las causas que le colocaron á la cumbre de los séres, y hasta que punto estas mismas causas dimanen especialmente de la civilizacion, del desarrollo de nuestra inteligencia en el estado social, esto es, de la CIENCIA, maravilloso patrimonio de nuestra jerarquía.

En efecto, ¿qué seria del hombre en este globo, si, cerrando voluntariosamente los ojos á la luz del cielo, despreciase el estudio que le enriquece con los tesoros de la verdad; si desdeñase la contemplacion de esos magníficos fenómenos que constituyen su herencia y su poderío! No vendria á ser entonces mas que un irracional, paciendo como el toro en la dehesa, encenagándose en sus torpes apetitos, no pensando mas que en saciar sus vergonzosos anhelos, y muriendo despues, cual un cuadrúpedo, indigno de haber vivido, y sin conocer las obras del Sér escelso que lo entronizó en su soberanía. ¿Nacimos acaso para rendir la cerviz al yugo inde-

coroso de la ignorancia, acompañado de sus terrores, de sus desvaríos, de su necia credulidad; para yacer en perpetua infancia, al par de los animales inmundos que pueblan las rocas y las selvas?

¿Porqué nos deparó naturaleza esas manos industriosas, ese cerebro pensador y esa urgencia incontrastable de saber, ese anhelo insaciable de felicidad, todos esos medios de perfeccion, de que echamos mano con ansia desde el primer asomo hasta la despedida del mundo? La ciencia es un medro de pujanza, pues la invencion de los instrumentos somete á nuestra disposicion, así los vejetales como los animales, el océano y casi la naturaleza entera, para encumbrarnos al último grado de perfeccion. La ignorancia, embotando nuestros alcances, trae siempre consigo el desvalimiento y el desamparo.

Contemplemos un instante al hombre idiota, y á pesar de la halagüeña pintura que de él hizo la elocuencia, veamos lo que realmente viene á ser. ¿Quién podrá persuadirnos que el fruto leñoso y áspero del árbol bravío sea preferible al del árbol cultivado en nuestros verjeles, donde el arte supo enternecer y azucarar su carne, comunicándole esquisito aroma? ¿Quién pospondrá Fenelon y Montesquieu al estúpido Iroques y al incapaz Omagua, por mas virtuosos que se suponga á estos últimos?

Lejos de nosotros el intento de menospreciar á aquel á quien el infortunio postra hasta el último punto, negándole toda instruccion; pues no cabe en el hombre el derecho de humillar á su semejan-

te. Pregunto ahora ¿es cierto que el vicio acompañe necesariamente á la ciencia, y que la virtud se abrigue siempre bajo el manto de la ignorancia? ¿Otra fue en verdad la opinion de los sabios mas esclarecidos de la tierra! Sócrates demostró, con su ejemplo y con sus virtudes, que la ignorancia es el manantial de todos los vicios, como lo es la ciencia de toda nuestra verdadera grandeza. ¿Como podremos, sin el conocimiento de la moral, distinguir la virtud del vicio, para desviarnos de este y seguir el rumbo de aquella? Desengañémonos; el hombre que no conoce la fealdad del vicio, á quien una feliz educacion no enseñó á contrastar las violentas y vergonzosas inclinaciones que en él escita una índole irracional y selvática, nunca será virtuoso, como puede serlo el alumno de las ciencias y de la filosofía, empapado en su íntimo señorío, y ajeno de mancillar la nobleza de su carácter con desbarros afrentosos.

Scilicet ingenuas didicisse fideliter artes

Emollit mores, nec sinit esse feros.

¿Cuan justa y enérgica era la opinion que en orden al sumo predominio del saber concibieran los antiguos, representando á los tigres y leones sañudos amansados por los divinos cantos de Orfeo que civilizaron á los primeros mortales? Y ¿quién ignora que, encumbrando nuestro espíritu hasta los cielos, y recordándole su descendencia sublime del Sér supremo, ennoblecieron al hombre las ideas relijiosas, levantándole del cieno de las pasiones ruines, y ofreciéndole, en pago de sus dolorosos sa-

crificios en esta vida, celestial recompensa? Vemos á los animales domésticos amaestrados por la mano del hombre, adquirir cualidades preciosas, valor, intrepidez, destreza y astucia, que nunca hubiera perfeccionado en ellos la anchurosa morada en las selvas. No de otra suerte, el hombre engrandecido por el concepto soberano de la Divinidad, y brillando, por decirlo así, con la resplandeciente luz de las ciencias, destello de una Inteligencia suprema, se reconoce mas digno de ponerse al frente de todas las criaturas, de que con razon puede titularse rey; menosprecia las acciones viles que nos humillan; y esa alma, ufana con los tesoros del ingenio, es ya sobrado magnánima para encenagarse en el inculto suelo de la barbarie. ¡Cuántos sabios verdaderos antepusieron el amor del estudio á las coronas percederas de la tierra!

Enmudezca pues la supersticion, cese ya el disparado fanatismo de calumniar á las ciencias que no puede alcanzar, tiznándolas con el soñado borron de ateismo. ¡Cómo pueden cerrar los ojos al luminar de la fantasía los hombres dotados de ingenio sublime! Sin embargo, Sócrates, aquel adorador entrañable de un solo Dios, fue perseguido como ateo! Pero la iniquidad miente á sabiendas; no ignora que el verdadero filósofo está convencido, como todos los pueblos de la tierra, de la necesidad de una causa peregrina que da el impulso á este grandioso universo: llevado de esta firme creencia en un Dios único, rechaza el sabio con horror la impostura y el fanatismo atroz que envilece al

pueblo ignorante. Los bárbaros adorarán siempre á sus muñequillos; y los sabios, que se elevan por el estudio á la contemplacion del Sér necesario, se verán acusados en todos tiempos de impiedad por la torpe ignorancia, que no conoce cuan ajeno vive del ateismo el que contempla la majestad de la naturaleza.

¿Qué eran sino los mas sabios de su siglo los Agustinos, los Jerónimos, los Baslios, los Atanasios, los Clementes de Alejandría, etc., columnas que fueron de la primitiva Iglesia, que sostuvieron el edificio de la religion cristiana? El cristianismo avivó en el seno mismo de los claustros las ciencias destruidas en el Septentrion por los Godos, los Vándalos y los Hunos, y en el Oriente por los Sarracenos y los Tártaros Oigures, en la edad media. ¡Qué rematado frenesí arrebató á los imitadores de los iconoclastos griegos, de los Omars, de los feroces Califas, sucesores de Mahoma, que tratan de acabar con las mas nobles conquistas del ingenio, condenándolas á las llamas! La sabiduría, ó la ciencia, no es otra cosa que el reflejo del esplendor del mismo Dios, y solo mora en este luminoso orijen de toda verdad. La ciencia, decia Platon, es la comprension de las cosas divinas, que solo podemos alcanzar separándonos del cuerpo, ese sepulcro del alma; y de ahí es que para adquirirla, mas necesario es el alumbramiento del alma que los sentidos del cuerpo. Ella es la única base de la felicidad pública, y la que deliciosamente nos embelesa y embriaga con sus maravillosas contemplaciones. ¡Feli-

ces mil veces las naciones gobernadas por filósofos verdaderos! y cuando los soberanos de la tierra amen la sabiduría, ¡cuanto mas dichosos no serán los pueblos dirigidos por Salomones y Antoninos, que por esos príncipes feroces y sanguinarios que solo idolatran los laureles conquistados con el acero, ó la brillantez del oro! Los Tiberios, los Calígulas, los Domicianos, enemigos de todo mérito, y furiosos contra toda clase de saber, dieron al través con la gloria, quebrantaron la pujanza de su imperio, y labraron con la barbarie y la ignorancia los funestos triunfos de los Jensericos y de los Atilas.

Llegó la hora de soterrar ese sofisma que achaca á las ciencias la afeminacion, el lujo y las relajadas costumbres que socavan los estados. ¿Reinan acaso las buenas costumbres entre los bárbaros del mar del Sur y del continente americano, donde se mezclan ambos sexos sin distincion de parentesco, y se jactan los padres de corromper á sus propios hijos? ¿Son tan robustos y valientes esos salvajes, que no pueden luchar á fuerzas iguales con el último marinero francés ó inglés, ni levantar el mismo peso, segun los esmerados esperimentos del dinamómetro?

Objetarás tal vez que el Turco ignorante impuso fácil coyunda á los Griegos, á pesar de su ingenio y de sus letras; que el feroz Tártaro sujetó á los Chinos civilizados y doctos; que el violento Mogol doblegó bajo su cimitarra la blanda cerviz del estudioso Bracman; que el Vándalo, por fin, saqueó Roma é Italia, centro entonces de la civilizacion

europaea: guardaos sin embargo de tiznar las ciencias con el desdoro que abortó el despotismo que aja y envilece los corazones. ¿Cómo quereis que los hombres aventuren la vida en pro de un gobierno que odian y menosprecian? ¿Debia el valiente Heleno sacrificarse por la corte disoluta del Bajo Imperio? Y mientras los Césares despóticos desangraban con su cetro las desgraciadas provincias, teatro de sus incesantes lides, ¿era de esperar que los Romanos acudiesen todos á las armas para rechazar á sus libertadores, los Hérules y Ostrogodos? ¿Qué les importa á los Chinos y á los Hindos que yazcan sus campos assolados por sus rapaces mandarines ó por el enemigo? Quizás el nuevo vencedor sea para ellos mas jeneroso; y aunque así no fuere, no podrá ser mas atroz y cruel que los monstruos pendientes del sudor de su rostro. ¿Diráse todavía que la ciencia envilece á los pueblos? No, no es la ciencia, no: ¡la opresion es la que los reduce á la triste alternativa de escojer un tirano!

Recorred toda la tierra y todas las edades conocidas, y ved cuales fueron las primeras naciones que por medio del cultivo de las ciencias se encumbraron á lo sumo de la civilizacion y del valor. ¿Son acaso los pueblos á quienes un cielo ingrato encapota con los hielos polares, obligándoles á arrancar á la naturaleza su escasa y costosísima subsistencia á fuerza de trabajo y privaciones? ¿Serán esos afortunados moradores de los trópicos, á quienes el plácido clima que les depara el cielo infunde ocio apacible, en el seno de la abundancia? En

efecto, ¿qué necesitan aquellas jentes para disfrutar la vida? Así es como yacen arrinconados y desdichados esos aduares de Africanos é Indios, hijos mimados de la naturaleza. La civilizacion y el amor á la gloria no se han visto florecer sino en los climas donde la alternacion del calor y el frio requiere un círculo perpetuo de tareas y ocupaciones, para mantener la reproduccion de las subsistencias por medio del cultivo de la tierra y el establecimiento de las propiedades. En estas rejiones intermedias brotan gobiernos moderados, leyes sabias é ilustradas, que franquean mayor ensanche al pensamiento y libre vuelo al empuje de la industria humana. Así pues, solo la barbarie ó el estado bravío se avienen con la frialdad estremada; al paso que el calor excesivo, postrando el espíritu y el cuerpo, aborta la pereza, con el despotismo y el estólido imperio de la supersticion. La verdadera libertad, que realza el valor, desentraña las facultades del cuerpo y de la intelijencia, y solo arraiga en las rejiones donde se equilibran temples encontrados.

Así es como se fortalecen los móviles y la pujanza del hombre físico y moral; y descubiertas ya por las ciencias las verdaderas bases de los gobiernos y de la felicidad social, pueden estas trasladarse á los climas menos favorecidos por la naturaleza. De esta verdad nos presentan varios ejemplos los siglos modernos, puesto que ya vemos asomar la civilizacion en las soledades de entrambas Américas y de la Australasia; y algunos gobiernos protectores van quitando ya las trabas que por luengos si-

glos sujetaron la industria humana, la cual no florece en ningun suelo sin libertad y sin derechos civiles. Trasplantada la libertad en aquellas rejiones, vemos á las ciencias atajar los inconvenientes de los climas estremados, convidando á todos los pueblos con los ópimos frutos del ingenio que cultivan los moradores de las rejiones templadas. Engrandécese entonces el jénero humano, y mas que nunca se ven centellear ahora las luces intelectuales por todos los términos de la tierra.

Si deseamos ver cuánto pueden las ciencias entre las naciones, contemplad á Sésotris instruido por los sabios del antiguo Ejipto; ó si esta historia os parece fabulosa de puro antigua, mirad la sabia Grecia luchando en Maraton y Salamina contra todas las fuerzas del Asia. ¡Qué brillante es el triunfo del saber y de la virtud sobre la ferocidad y el despotismo! ¡Cuán superior es la ciudad de Minerva, conducida por los Temístocles y Aristides, á la vana y opulenta Persépolis! Vemos mas tarde á un discípulo de Sócrates hacer rostro con solos diez mil hombres al gran Rey en el centro de sus estados; y al alumno de Aristóteles arrojarle cual águila impetuosa á la cabeza de treinta mil guerreros sobre el Asia y el Africa, devorándolas en breve tiempo. ¿Era un hombre ordinario el famoso Epaminondas, salido de la escuela pitagórica, y de quien es fama que nadie supo mas ni habló menos que él? ¿Parecieron indignos del trono Ciro y Mitrídates, sabios entre los bárbaros? Luculo, Caton el antiguo, el segundo Bruto y Caton de Utica salian

del polvo de las bibliotecas para tomar el mando de los ejércitos, y volvian coronados de laureles; y nadie ignora que el grande César manejaba la pluma tan bien como la espada. Ciertamente que la ciencia no adulteró el alma de un Camoens ni de un Milton. La ciencia, que abre á nuestra consideracion los espacios de los climas y de los siglos, descorriendo los secretos del destino y amaestrándonos con la historia, ríjida consejera de los reyes, achica y humilla este prodijioso amor propio que nos envanece. Reduciéndonos á la justa medida que ocupamos en la inmensa escala del mundo, nos muestra lo poco que vale el hombre en la tierra; entonces sin embargo pisamos nuestro suelo con noble libertad, pues ya no hace mella en nuestros ánimos el terror de la muerte ó de la desgracia que nos disuadia de la virtud; no de otra suerte se disipan, á la repentina luz de las antorchas, las tinieblas de la noche tan terribles para la niñez.

Felix qui potuit rerum cognoscere causas,
Atque metus omnes et inexorabile fatum
Subjecit pedibus, strepitumque Acherontis avari.

¿No se ha visto honrada en todos tiempos la filosofía con la tenaz persecucion de los tiranos? Harto entienden estos que un alma empapada en conceptos grandiosos jamas se dobló á las cadenas de la servidumbre, y que salieron vengadores de la inocencia y de la humana dignidad ultrajada, no solo de las escuelas de los Estoicos, sino tambien de los plácidos jardines de Platon y Epicuro, y hasta de la secta de Pitágoras entre los antiguos.

El valor guerrero ha solicitado casi siempre el esplendor literario: hase visto al bardo y al trovador contemporáneos y émulos de los héroes, cual si fuesen inseparables la gloria de las letras y la de las armas; pues la docta Minerva es la misma belicosa Pálas. Los siglos que mas resplandecieron con el lustre de las ciencias y de las artes, bajo Péricles en Grecia, bajo Augusto en Roma, bajo Leon X en la moderna Italia, y bajo Luis XIV en Francia, fueron testigos de los altos hechos de sus Capitanes, que con el gallardo denuedo hermanaban el talento y la cortesanía.

Dirian que los pueblos, bien así como los individuos, alcanzan la edad varonil, plazo en que se esplayan el primor de la intelijencia y la pujanza del cuerpo. Los arranques del númen proceden de la trascendencia de la sensibilidad y del carácter; el corazon magnánimo derrama esclarecidos pensamientos. Parece que el mismo afan de nombradía enardece al poeta y al conquistador; el primero aspira á reinar sobre el entendimiento, el segundo sobre la voluntad. Aquiles colgaba la lira junto á su espada, y Alejandro pedia á la posteridad otro Homero, y escribia á Aristóteles que deseaba esceder á todos los hombres en saber y conocimientos mas bien que en autoridad y poderío.

No cabe duda en que mas deslumbrará al vulgo el esplendoroso aparato que engalana á los conquistadores y á los tronos de los príncipes, que la modesta vida de un sabio estudiando en su retrete ó escudriñando la naturaleza con sus experimentos

en un laboratorio de química ó de física. Es muy cierto que la potestad ajigantada de que disponen los primeros sobre la fortuna y existencia de tantos hombres, los hace parecer cual terribles meteoros que tremolan el terror sobre las cabezas de las naciones. Pero esos dueños de los hombres perecen al tiempo señalado por el destino, y su ceniza permanece estéril sobre la tierra. ¡Cuántas estatuas de Césares y de emperadores yacen sumidas en el cielo! ¡Qué de escombros asoman sobre el solar de alcázares encumbrados por el orgullo, como las pirámides egipcias, con el sudor y el oro arrebatado á los pueblos! ¡Cuántos nombres de reyes yacen en eterno olvido! Sin embargo las poesias de Homero viven en su inalterable juventud, mas de veinte y seis siglos despues, sin haber perdido una sola sílaba; y florecen al par las obras de los bienhechores de la humanidad, de Hipócrates y de Platon; sus escritos, semejantes al fénix de la fábula, resucitan mil años despues de su ceniza, y regalan á otros pueblos, á otros países del globo, los beneficios de la civilizacion, la salud, las luces, la cultura, el talento y la gloria. Si vitoreamos á las naves, que, surcando el anchuroso Océano, nos traen el oro, la plata y los diamantes, resplandecientes producciones de ambos mundos; ¡cómo no hemos de idolatrar esas obras del ingenio, que trasponiendo el Océano de los siglos y cargadas de tesoros descubiertos por la docta antigüedad, llegan para enriquecernos, para hacernos conversar con los varones sabios y los inventores de todas las naciones,

para entablar íntimo trato entre Arquímedes y Pascal, Demóstenes y Bossuet, Plutarco y Fenelon, Virjilio y Racine; como si todas esas almas eminentes, á pesar de las distancias y de los tiempos, no formasen mas que una sola república para la instruccion y civilizacion universal del jénero humano!

Si bien se considera, la virtud de un Tito y de un Marco Aurelio, el pujante imperio de un Carlomagno, ó las conquistas de un Tamerlan, se desplomán y hunden casi siempre con ellos, sobreviniendo densas tinieblas al claro esplendor que esparcieron; pero los descubrimientos, humildes en su principio, de un sabio cuya existencia se ignora, paran á veces en volcar las sociedades florecientes y retumban hasta la última posteridad. ¿Quién creyera que la aguja de marear colocada sobre un eje descubriría un nuevo mundo, derribara reinos poderosos, y enriqueciera á nuestra Europa con mas oro y peregrinas preseas que recogieron los Romanos en las tres partes del antiguo universo? ¿Qué es una simple mezcla de salitre, azufre y carbon en el laboratorio de un franciscano, como Rojerio Bacon ó Bartoldo Schwartz? Sin embargo, con este humilde experimento químico, la Europa impuso la ley al resto del mundo, y lanzando rayos á entrambas Indias, dobló la cerviz á los reyes de las naciones mas poderosas. ¡Penétrense pues las jentes de la prepotencia del númen que surca y domina los mares, que traspasa y escudriña las entrañas de las rocas, y que se remonta

sobre las alas del gas hidrógeno á mayor altura aun que el águila y los rayos del antiguo Júpiter!

¿A quién deben la Europa y sus colonias su actual esplendor y la autoridad que ejercen sobre el globo? ¿á quien los deben sino es á los beneficios de las ciencias y de la civilizacion, á esas luces de que la docta antigüedad nos favoreció con tal cual destello, que soterró en sus cenizas la barbarie de la edad media, y que de nuevo exhaló el laborioso ambiente de los sabios de los siglos décimo quinto y décimo sexto? Así pues, la ciencia es el verdadero cetro del poderío del hombre, segun lo estan manifestando los maravillosos adelantamientos de la industria, del comercio y de las manufacturas, que desentrañan y se apropian el oro de la tierra, con el cual se conmueven los pueblos y compran ó sujetan los imperios.

¡Ponderen en buen hora la ignorancia ó la envidia la vida salvaje, los beneficios de la sencilla naturaleza en medio de las selvas, donde el hombre se sustenta con frutos montaraces, y desconoce el embeleso del estado social! Demos que sea feliz en su estado por no conocer otro mas envidiable. Pero ¿estaremos mas bien hallados en medio de un cenagal y al arrimo de un roble, espuestos á las intemperies de la atmósfera, que al resguardo de impenetrable techumbre y en una vivienda que burle el rigor del frio mas intenso? ¿No podemos, sin menoscabo de la templanza, anteponer alimentos saludables, cocidos y preparados con aseo, á las carnes crudas y hediondas, tales como las comen

los salvajes, que las pleitean con los lobos y los osos? ¿Gozaremos de mas cabal salud andando desnudos, espuestos á la crudeza del frio y á los abrasadores rayos del sol, que guareciéndonos de toda intemperie? ¿Quién ignora ya en el dia, segun el testimonio de los autores mas verídicos y segun la misma esperiencia, que tales destemples menoscaban ejecutivamente la existencia; que es cortisima, por ejemplo, la de los bravos de la América septentrional, y que su anticipada caduquez no puede sobrellevar tan redoblados contratiempos? En efecto, hostigado el salvaje sin cesar por desapiadados elementos, debe sobreponerse ó postrarse á sus embates. De ahí aquella escasez de moradores, aquella menguada poblacion, aquellas endebles facultades multiplicadoras que se notan en los salvajes; de ahí su carácter melancólico, sus odios reconcentrados y sus atroces venganzas: porque la índole se encona y destempla con la desventura; y el hombre que ha de batallar sin descanso con una naturaleza esquiva, cierra su corazon á la blanda piedad.

¿Qué es un Indio bravo con sus débiles armas al lado de un Europeo bien vestido, alimentado, armado y equipado? Concedo que el salvaje tenga la vista mas perspicaz que nosotros, mas fino el oido, mas rápida la carrera; pero ¡cuán superiores no somos á estas mismas ventajas naturales del bravío, si echamos mano del antejo, de la trompetilla acústica y del caballo! Así pues, la ciencia ensancha nuestro imperio sobre la naturaleza, y el hom-